

Mi padre, que me destinaba al servicio militar, gustaba de verme manejar el fusil á los ocho ó nueve años, y me daba pólvora y perdigones; yo recorría solo los campos matando lindamente gorriones y por la noche volvía al castillo á llevar mi caza y á leer algún libro. El que más me complacía era la traducción de la *Iliada* de Homero. Transportábanme las hazañas de los héroes griegos y cuando había logrado matar un gorrion algo más notable por su plumaje ó por su tamaño, no dejaba de formar una pequeña hoguera con leña seca en medio del patio; allí depositaba con respeto el cuerpo de Patroclo ó de Sarpedón, le pegaba fuego con gravedad y me mantenía sobre las armas, hasta que quedaba consumido el cuerpo de mi héroe; entonces recogía sus cenizas en un cacharro que había hurtado en la cocina é iba á llevar esta urna á mi abuelo indicándole el nombre del héroe cuyas cenizas contenía. Mi abuelo reía y me quería mucho.

Mientras así pasaba la juventud, matando perdices y quemando el cuerpo de Patroclo, llegó un día al castillo de Florian una carta del castillo de Ferney. El marqués de Florian llamaba á su sobrino para presentarle á Voltaire.

Llegaron Florian y su padre á Ferney en el mes de julio de 1765. El joven fué presentado por su tío á Voltaire y á la sobrina de éste, Sra. Denis, que hacía los honores de la casa. Á Voltaire le encantó su gracia juvenil.

Con frecuencia me colocaba á su lado en la mesa; y tanto que muchos personajes, que se creían importantes y que iban á casa de Lope de Vega (Voltaire), para mantener su importancia, le miraban y le escuchaban. Lope se complacía en conversar con un niño. La primera pregunta que me hizo fué si sabía yo muchas cosas. Sí, señor, le dije, sé la *Iliada* y el *Blason*. Lope se echó á reír y me contó la fábula de *el Mercader, el Pastor y el Hijo del Rey*; esta fábula y la manera deliciosa como él la contaba, me convencieron de que el *Blason* no era una de las ciencias más útiles, y resolví aprender otra cosa.

Florian, á quien Voltaire puso por apodo *Florianet*, hizo las delicias de Ferney, y allí empezó una existencia llena de encantos. Su padre había vuelto á sus tierras. Florianet, que se quedó en Ferney, continuó allí su educación. Ésta fué confiada á un capellán, el P. Adam, á quien Voltaire tenía á su lado para jugar al ajedrez.

De este buen cura decía Voltaire: « Mi capellán, que se llama Adam, pero que no es el primer hombre del mundo... ». Lo probó una vez más dejándose engañar por las inocentes trampas de su joven discípulo. Este hacía temas, y agrega: « Como me veía con frecuencia apurado para poner en latín lo que no comprendía demasiado bien en francés, me escurría por el ropero de Lope, á fin de rogarle que *me hiciese mi frase*, este grande hombre, á quien interrumpía á veces en medio de una tragedia, no se incomodaba nunca; *me hacía mi frase* con tanta bondad, que yo me volvía siempre convencido de que la había hecho yo mismo.

El capellán hallaba mi tema excelente; lo leían en el salón, y se lo enseñaban como una pequeña obra maestra á Lope de Vega, que decía sonriendo que estaba muy bien para mi edad.

La *Iliada* no había perdido para él ninguno de los encantos que le encontraba en el castillo de Florian.

« Mis héroes griegos seguían ocupando mi cerebro y resolví repasar todas sus acciones en el jardín de Lope de Vega. Había en él muchos cuadros de flores y, entre dichas flores, las más hermosas adormideras del mundo, que erguían sus empenachadas cabezas; cada vez que pasaba junto á ellas, las miraba de reojo, diciendo por lo bajo: He ahí los pérfidos troyanos que bajo mis golpes caerán. »

Daba á cada una de las adormideras el nombre de un hijo de Príamo; la más hermosa se llamaba Héctor. Para la ilusión completa, me había fabricado una espada de madera, que yo imaginaba forjada por Vulcano; dicha espada era fatal para las adormideras; con frecuencia penetraba en los cuadros para quitar la vida á algún troyano; pero, á decir verdad, no hacía gran matanza; me veía siempre rechazado hasta mis bajeles que eran unos lindos cenadores cubiertos de plantas; allí descansaba hasta tanto que pasase la cólera de Aquiles y volviese en auxilio de los griegos. Al fin, llegó el gran día: la muerte de Patroclo hizo correr el hijo de Peleo á la venganza; me armé de mi terrible espada y á pesar de los esfuerzos de los enemigos, penetré en uno de los cuadros y corté la cabeza á mil adormideras; no contento con inmolar tantos héroes á los manes de mi amigo, entré en otro cuadro. En vano enfurecido el Janto, pretende oponerse á mi valor, desafío sus ondas y hago morder el polvo á todas las adormideras que se presentan al filo de mi espada.

Ya ha dejado de existir Deifobo, ha cerrado sus ojos á la luz Sarpedón; quedaba Héctor, y Asteropeo había caído bajo mis golpes. El campo de batalla se hallaba cubierto de muertos y moribundos; pero no era esto bastante. Héctor, el asesino de Patroclo, el asesino de mi amigo, alzaba su soberbia cabeza y parecía desafiar mi furor. Me lancé hacia él y ya estaba mi espada á punto de asestarle el golpe mortal. Tierna Andrómaca, desdichado Astíanax, temblad, Héctor va á perecer, va á caer bajo el hierro de Aquiles. Una suerte inesperada salvó la vida á Héctor. Apareció Lope de Vega (Voltaire) en el momento en que iba á dar el golpe mortal al héroe frigio. Lope me contemplaba desde hacía media hora, cortando la cabeza á todas las adormideras; quiso salvar al soberbio Héctor, y me preguntó con dulzura la causa de mi ira. Le dije que estaba repasando la *Iliada*, y que en aquel momento me hallaba entre las puertas Esceas donde debía perecer Héctor. Lope de Vega se rió mucho y dejándome continuar mi combate, corrió á contar mi victoria en el Palacio de Príamo.

Uno de los más curiosos episodios de su juventud, es la recepción que dispensó Voltaire á la célebre actriz Clara de la Tude, conocida con el nombre de la Clairon, en su castillo de Ferney. Se improvisó una pequeña fiesta por la noche, Florianet, disfrazado de pastor y acompañado de una joven pastora, vestida de color de rosa que llevaba un canastillo de flores, recitó ante la gran artista un lindo diálogo.

Hubo que abandonar á Ferney para volver á París, donde vivió Florian en casa de su tía, y donde fué bastante descuidada su educación.

Fué presentado por su tío en casa del duque de Penthièvre, que le cobró gran amistad, le puso por mote *Polichinelo* y lo tomó á su servicio como paje.

Al cabo de dos años de esta situación sintió Florian deseos de servir en la artillería (1770). Tenía quince años, se preparó para los exámenes de la escuela de Bapaume; á fuerza de calcular la resistencia de una bala de cañón ó la altura de los baluartes en la antecámara de los pajes y de trazar en el pavimento con yeso la demostración del tornillo, hizo rápidos progresos.

En el curso de su preparación, Florian abandonó la situación de paje para tomar el uniforme de que estaba muy orgulloso.

« No me es posible expresar el placer que me causó mi casaca azul; me miraba en todos los espejos, preocupado únicamente por saber si tenía aspecto de oficial. Mi escarapela y mi dragona constituían mi felicidad. »

Á su salida de la escuela de Bapaume, volvió á Ferney donde encontró á su padre y á su tío. Cazaba y se paseaba entre tanto que recibía la respuesta á su petición para entrar en el cuerpo de artillería. Por la noche, dirigía en la redacción de sus deberes, á la sobrina de Corneille á quien acababa de adoptar Voltaire.

Al fin como no llegaban las noticias esperadas, partieron Florian y su padre para París á fin de ver á su protector el duque de Penthièvre. Al cabo de un mes, obtuvo Florian un empleo de subteniente en el regimiento del duque de Penthièvre, que estaba de guarnición en Maubeuge.

Entretanto que llegaba el día de su partida, se ocupaba en hacer ó copiar canciones, y — lo que es más inesperado de parte de Florian, — en componer un tratado de metafísica.

No estuvo largo tiempo en Maubeuge, pues hizo una vida tan desordenada que hubo que sacarle de allí. Volvió á casa del duque de Penthièvre, su protector, y allí permaneció distribuyendo el tiempo entre las letras y la caridad, conforme á los deseos de su íntegro protector.

Aunque el fabulista ha acaparado toda la gloria, no hay que olvidar las comedias y novelas de Florian. Diré algo de ellas antes de llegar á las fábulas, porque no valdría la pena de dejar las arlequinadas para el capítulo del teatro y á *Estela* para el de las novelas.

Hablaré en primer término del autor dramático. Florian renovó un género. Como Marivaux, como Sedaine, escribió para el teatro italiano ó para los teatros de sociedad; pero sus arlequinadas no se parecen á las demás; conservan cierta originalidad. El Arlequin de Florian no es el gracioso vulgar y grosero conocido hasta entonces

por sus candideces, por sus bufonadas, por sus contorsiones y por los gestos que hace su brazo armado de un palo. Es muy distinto, se ve claramente que le han precedido Diderot, La Chaussée, Saurin y Sedaine; se nos muestra lacrimoso, probo y sensible, cándido con ingenio, sentimental con agudeza, honrado y benéfico como el duque de Penthièvre ó como los héroes de Berquin. El mismo Florian nos lo va á presentar:

— Arlequín, siempre bueno, siempre fácil de engañar, cree cuanto le dicen, cae en todas las lazos que le tienden, nada le asombra, y todo le embaraza; no tiene raciocinio, sino sensibilidad; en el mismo instante se enfada, se calma, se alige y se consuela: su alegría y su dolor son igualmente divertidos. No es sin embargo un bufón, ni tampoco un personaje serio; es un niño grande; tiene todas sus gracias, toda su dulzura y su ingenuidad: y los niños son tan amables que he creído seguro el éxito si lograba comunicar á éste todo el raciocinio, todo el ingenio y toda la delicadeza de un hombre.

El Arlequín de Florian es un niño grande, candidote, un buen hombre, lleno de abnegación y sobre todo sensible.

Inunda su corazón una ternura lacrimosa y no tarda en apoderarse de su familia y de cuantos le rodean la necesidad de llorar. Nisida « sale llorando », Arlequín la abraza « sollozando » y « sale llorando » y finalmente « todos se abrazan » confundiendo en el mismo arroyo sus torrentes de lágrimas.

Pero por encima de esta sensibilidad lacrimosa, se descubre en él un tesoro de bondad dulce, virtuosa y paternal que le hace á pesar de todo interesante. El mismo Grimm, el seco y severo Grimm se deja á veces mover y aparece una lágrima sobre el afeite de sus mejillas. El caballero de Florian ha comunicado al papel de Arlequín color, alma y formas nuevas; á veces siente uno tentaciones de decirle: « ¡ Señor, sois Arlequín y lloráis! » Pero llora con tanta gracia que sería injusto criticarle.

La comedia florianesca presenta un aspecto nuevo y peculiar. No es la comedia de intriga ni la comedia de carácter, sino la comedia moral.

« He querido dar á todas mis piezas un fin moral y útil... Sobre todo, presentar el cuadro de esas virtudes familiares, de esas virtudes diarias, que son tal vez las más útiles y las más necesarias para la felicidad. »

De aquí ese carácter sencillo, natural, burgués á veces, vulgar y — ¿quién lo creería en Florian? — realista, de sus pinturas. « Rara vez, dice, se ve uno en el caso de sacrificar en aras de su deber á la patria y el honor, el reposo, la fortuna y la vida; pero todos los días tiene uno obligación de ser buen padre ». Son cuadros de interior, pinturas de familia; la escena tiene lugar entre una cómoda y un reloj de caja; la habitación es limpia y se halla amueblada con mucha sencillez; de las paredes penden todos los retratos de Arlequín y de Argentina. Cuando

se alza el telón, Argentina está sentada haciendo encaje; sus dos hijos se hallan sentados en taburetes á sus pies el uno hojea un libro para ver las estampas; el otro se entretiene con un juego de naipes; y cuando Arlequín vuelve á su casa, llega en derechura del bazar inmediato donde ha comprado para los pequeñuelos « un tambor de niño y una trompeta de madera ».

Todo esto carece de grandeza y no tiene nada de imponente; pero es digna de notarse la tentativa y merece figurar al lado de las novelas de Lesage y de los lienzos de Chardin en una historia del realismo de la gente honrada.

Es la teoría que ha aplicado delicadamente en sus comedias *Los dos Billetes*; *El buen Matrimonio*, ó *la continuación de los dos Billetes*; *El buen Padre*, ó *la continuación del buen Matrimonio*; *El buen hijo* ó *la continuación de la buena Madre*. Toda la familia entra en este vasto concierto de bondadosa ternura.

Se nada en un océano de lágrimas y de dulzura. Se respira á más no poder la inocencia y sólo se ve uno rodeado de gente honrada. Sin embargo, no habría que pararse en esta primera impresión ni juzgar la obra por el título, pues se cometería un error. No todos los personajes son modelos de bondad como podría creerse: Scapin en *los dos Billetes* es el granuja más consumado y atrevido; y en *la buena Madre* hay un tal Sr. Duval que no vale gran cosa.

¿Se desea tener una idea de su estilo dramático? Fijémonos en el *Buen Padre*.

« Arlequín, nos dice Florian, se ha enriquecido; vive en París entre la buena sociedad; hay un hombre distinguido que quiere casarse con su hija.

« Como el héroe se ha hecho burgués no puede menos de haber tomado algo del tono de los que le rodean ». Es el padre de familia de Diderot ó de Greuze. Este buen padre sólo vive para su hija Nisida. No puede ser feliz sino con ella y no repara en nada para lograr su felicidad. Ocurresele la idea de dirigirle una canción el día de su santo: la escena, según refiere Grimm, tuvo gran éxito y fué de las más felices. Arlequín dicta á su secretario Cleanto, que se ha disfrazado de secretario para poder acercarse á Nisida á quien ama:

ARLEQUÍN. — Acércate pues, amigo mío, tengo muchas cosas que dictarte; siéntate y escríbeme lo que te voy á decir.

CLEANTO, sentándose. — Cuando gustéis, señor.

ARLEQUÍN. — Amigo mío, se trata de unas coplas que he compuesto para la fiesta de esta noche; no están aún acabadas, pero hay que escribirlas porque no tengo memoria y se me olvidan los versos antes de estar terminados. Ea, toma un pliego grande de papel, del mayor, y escribe: Coplas á mi hija en el día de su santo.

CLEANTO, escribiendo. — En el día de su santo.

ARLEQUÍN. — Hija mía.

CLEANTO. — Hija mía.

ARLEQUÍN. — ¿Has puesto?

CLEANTO. — Sí, Señor.

ARLEQUÍN. — Espera un momento... ¿Has puesto hija mía?

CLEANTO. — Sí, Señor.

ARLEQUÍN, meditando. — Está muy bien... Pon una coma.

CLEANTO. — Espero, Señor.

ARLEQUÍN. — Yo también.

CLEANTO. — ¿Cómo?

ARLEQUÍN. — Seguramente. Hasta ahora no he compuesto más.

CLEANTO. — Pues no estáis muy adelantado.

ARLEQUÍN. — Siempre es el principio... Tú deberías echarme una mano.

Y continúa la escena, muy ingeniosa entre Arlequín, que expresa en prosa los sentimientos que le inspira su hija y Cleanto, que compone por su parte tiernos versos á su adorada.

Terminadas dos estrofas de esta suerte. Arlequín tiene una frase admirable.

ARLEQUÍN. — ¿Me aconsejas que haga otra?

CLEANTO. — Me parece que basta con dos.

Entonces se hace cantar sus versos para corregirlos.

ARLEQUÍN. — Están muy bien, muy bien, no encuentro nada que corregir. Sin que esto sea pecar de vanidoso, debes convenir en que no están mal.

La escena es linda, bien hilvanada y llena de exactitud. Labiche se hubiera alegrado de haberla escrito. Lo dicho basta para dar idea del teatro floriano, y voy á hablar algo del novelista.

Florian escribió novelas y cuentos.

Sus novelas son ó bien relatos caballerescos como *Numa Pompilio* y *Gonzalo de Córdoba*, ó bien pastorales como *Galatea* ó como *Estela*.

Numa Pompilio y *Estela* son los tipos más perfectos de ambos géneros.

« Constituyen la pastoral, dice San Marc de Girardin, dos elementos, la afición al campo y el amor ingenuo. Florian ha expresado muy lindamente ambos sentimientos, ya nos pasee á través de deliciosos cam-

1. *Galatea* (1783), *Numa Pompilio* (1786), *Estela* (1788), *Gonzalo de Córdoba* (1791), cuentos en verso; doce cuentos. Traducción de *Don Quijote* (a), *Guillaume Tell* (obra póstuma).

(a) Aunque sólo fuera por esta traducción, que si no es perfecta, es de las mejores, merecería Florian nuestras mayores simpatías. Sentimos no tener espacio para mencionar algunas traducciones de la obra inmortal de Cervantes (como por ejemplo la de Delaunay), que son verdaderos esperpentos. (N. del T.)

pos bañados por la luz del sol, ya nos haga escuchar los dulces coloquios de Estela y Nemorino á la sombra de los olivos, no lejos del río.

Florian habla de su país en términos llenos de emoción. Conocidas son las pintorescas descripciones que nos ha dejado del Gardón y del valle de Florian. Vivimos con él en ese país encantador, el Mediodía que él vió como artista y no como psicólogo. Sólo sintió su poesía; pero no quiso describir las costumbres ni estudió á los habitantes, con su carácter exuberante, su exageración y su locuacidad. El mediodía de Francia, participa, con razón ó sin ella, del encanto mágico que ejercen sobre nuestra imaginación los poéticos paisajes de Nápoles. Para el viajero, Provenza, con su hermoso cielo azul, cuya luz espolvorea de oro las sombrías manchas de los olivares en flor, parece anunciar á Italia y prepararnos á ella. Es como el vestíbulo, y nos da la primera impresión y como cierto sabor anticipado. El mediodía de Francia es esa región feliz y privilegiada donde serpentea el agua pura y azul reflejando el cielo, entre los olivos cargados de fruto y las higueras de torcidas ramas; es el valle profundo encajado entre dos montañas cuyas cimas rocosas se cubren en verano de césped y de rebños, es el torrente que salta y salpica con la espuma de sus aguas las oscuras rocas que lo dominan; son los grandes campos cubiertos de moreras donde las jóvenes con refajo colorado cogen cantando la comida para los gusanos de seda; son los grandes viñedos donde los vendimiadores hacen crujir bajo el lagar los dorados racimos en tanto que en el molino inmediato corre, bajo las vigas, el dorado aceite.

Florian nos pasea á través de estos deliciosos paisajes. Nos conduce á su país natal, nos sirve de guía, y hacemos un delicioso viaje en compañía de un encantador poeta. Trepamos al amanecer con Nemorino á la solitaria roca y vemos salir el sol bajo nuestra vista á través del campo.

« No tenía aún la aurora el horizonte, brillaban acá y acullá las estrellas en la vasta extensión de los cielos; la luna menguante reflejaba en los arroyos su débil y temblorosa luz; el eco lejano de las rocas respondía á los monótonos gritos de las habitantes de las lagunas; toda la comarca se hallaba cubierta por un velo sombrío; en medio de la obscuridad divisábanse únicamente algunas luciérnagas que andaban errantes. »

Allá en el fondo se abre entre dos colinas cubiertas de bosques un valle encantador.

Seguramente no hay en este cuadro esa exactitud que tanto nos agrada hoy en la descripción literaria. Todo aquel campo es muy fresco y sonrosado, todos aquellos pastores se hallan adornados de cintas y se nota en todo exceso de limpieza: es una pradera de teatro; es la naturaleza arreglada para uso de la gente de buena sociedad. Seguramente dista mucho de las pinturas rústicas del moderno trovador Fede-

rico Mistral. Su Mirella no lleva la falda de raso encarnado ni el sombrero de paja fina adornada con flores, ni un cayado con lazos y cintas. Sus carneros no son blancos como la nieve de los Alpes, ni llevan al cuello un lazo azul ó de color de rosa. En el poema de Mistral vemos la pintura exacta, verdadera y conmovedora de la realidad. La granja y sus trabajos groseros con sus bueyes que se revuelcan en el estiércol; brilla el sudor en la frente de los trabajadores que se alimentan, no de aire puro, sino de cebollas, de ajos, de berenjenas fritas y de pimientos, y Mirella, la graciosa Mirella friega los platos. Con Florian, estamos aún muy lejos de los segadores de *Jocelyn*, de la *Pobre gente* de Victor Hugo, de la *Charca del diablo* ó de la *Pequeña Fadette*, y sin embargo, por todos estos paisajes florianescos se extiende un encanto particular; los bosquetes de árboles y las verdes praderas se hallan bañados por una luz algo ficticia, pero agradable á la vista. Aun cuando se estimen las bucólicas de Jorge Sand, puede hallarse algún encanto en las de Florian.

Uno de los más graciosos atractivos de estos poemas se debe á las romanzas con que Florian acostumbraba adornar sus novelas, imitando en esto á sus maestros españoles y las pastorales del siglo anterior. No es esto ciertamente lo que ha de aumentar la naturalidad y la verdad de estas obras; no hay nada más falso que semejante concepción de los pastores poetas que, á cada momento, sacan del bolsillo un cuchillo para grabar versos en la corteza de los árboles, ó un caramillo para cantarlos. Pero ¿qué importa si los versos son agradables? ¿Quién no ha cantado:

Ce matin, dans une bruyère,
J'allais dénicher ces oiseaux...¹

Ó también

Que j'aime à voir les hirondelles
A ma fenêtre tous les ans,
Venir m'apporter des nouvelles
De l'approche du doux printemps!²

Todo el mundo conoce de memoria la linda romanza de Estela cuando llora la marcha de su pastor; la música de Benjamín Godard forma como un eco delicioso de estas poéticas lamentaciones.

1. Esta mañana en las zarzas
Un nido fui á buscar.
2. Como me agrada ver la golondrina
Llegar año tras año á mi ventana
Á anunciarme solícita y ufana
Que ya la primavera se avecina!

Ah ! s'il est dans notre village
 Un berger sensible et charmant,
 Qu'on chérísse au premier moment,
 Qu'on aime ensuite davantage,
 C'est mon ami ; rendez-le-moi ;
 J'ai son amour, il a ma foi !

Las novelas caballerescas participan de la complicación enrevesada de las novelas españolas, de los episodios guerreros de la *Astrea*. Las imágenes son con frecuencia forzadas, poco graciosas ó ridículas,

El medio en que todos estos seres adornados de cintas ó arneses se mezclan y versifican, es enteramente ficticio. Las ramas « se estrechan tiernamente » ; los ahogados vuelven á la vida sin gran esfuerzo, y se ponen en marcha á la mañana siguiente con sus fogosos corceles para hacer una caminata de varias horas. No les cuesta más trabajo revivir á los que han muerto aplastados. Rómulo recibe en mitad del pecho de manos de León un enorme peñasco, lo cual no le impide caminar gallardamente pocos días después al frente de sus tropas. Cuando llega la hora de comer, lo cual ocurre rara vez, porque casi nunca se habla de ello, con frecuencia en dichas obras no hay más que « ir al valle á coger alguna fruta » ; las ninfas, tendidas en el césped leen un hermoso libro, magníficamente encuadernado, que parece salido de los talleres de Prault, y casi darían ganas de recitarles los versos que se leen al pie de la *Lectora*, de Tory, hijo :

Serait-ce l'art d'aimer ou bien celui de plaire,
 Que vous lisez présentement ?
 Méprisez ces leçons, croyez-moi, laissez faire
 Vos attraits et le sentiment ?

Cuando se viaja, importa poco la dirección que se toma ; se atraviesan países llenos de césped y de flores, y se llega siempre al sitio que hace falta « al cabo de tres días de marcha ».

Los habitantes de estas regiones imaginarias viven libres de preocupaciones y cuidados en una especie de Edén, en unos campos Elíseos, en donde cada día trae consigo nuevos placeres y diversiones. Sus

1. ; Ah ! si hay en nuestra aldea
 Un pastor amable y tierno,
 Por quien cada vez se hace
 Más firme el amor primero,
 Devolvédmelo, es mi amigo ;
 Él me ama y es mi dueño.
2. ¿ Es el arte de amar
 Ó acaso el de agradar
 El que leyendo estáis con ojo atento ?
 Olvidad sus lecciones ;
 Pues sólo vuestros dones
 Bastan para triunfar, y el sentimiento.

« blancos y limpios rebaños van, ya reunidos, ya dispersos, á buscar el serpol en las colinas » ; para los lobos que no se presentan jamás, hay perros terribles que están de guardia hacia la parte de la montaña, y entre tanto los pastores y las pastoras, sentados á orillas del río, gozan juntamente de los dulces placeres que procuran un hermoso cielo, un buen rey, la inocencia y la igualdad.

Los sentimientos de estos ángeles experimentan pocas modificaciones en el curso del relato. Al fin del mismo los encontramos exactamente como eran al principio ; siempre tocan la misma música. Es la perfección á chorro continuo, la monotonía en la excelencia y la tenacidad en la probidad.

El estilo es siempre correcto, muy limado, hasta si se quiere con exceso. Florian vigila demasiado su pluma y esto perjudica á las ideas. Al buscar lo ingenioso y lo lindo, tropieza con lo sutil, con el ingenio de mala ley, con la agudeza alambicada, se propone y quiere ser natural. Si con justo derecho puede reivindicarse para el teatro de Florian un puesto más amplio que el que se le asigna hoy día, habría menos fundamento para reclamar para sus novelas, de nuestra parte, mayor suma de atención.

La que les consagramos es legítima, pero suficiente. Sería intento vano pretender paliar lo que hoy ofrecen de mustio y fuera de moda estas obras ligeras. Sin embargo, en medio de su amarillento follaje, se muestran aún vivaces algunas florecillas. Al que lea aún á *Estela*, puede que logre enternecerle *Nemorino*.

Hablemos ahora del fabulista.

« Las fábulas de Florian, ha dicho Carlos Nodier, son una de las obras maestras del siglo xviii y uno de los mejores libros de todas las épocas. Tienen un encanto peculiar, una gracia á la vez maliciosa y cándida, una frescura de tonos y una pureza de forma que las colocan sin duda ninguna en primer término no lejos de la Fontaine. »

Florian se interesa por sus animales y logra que nos inspiren interés.

Nos le representan viviendo en el hotel de Tolosa en su biblioteca situada junto á una pajarera poblada de volátiles que contemplaba horas y horas como para estudiar sus costumbres. Estos volátiles los compraba y los escogía él mismo en el mercado de los pájaros, y nos refiere sus lentos paseos á lo largo del Sena cuando iba, con la sonrisa en los labios, luciendo su uniforme bordado, á vagabundear delante de las jaulas, para « trabajar en sus fábulas » ; llegaba á la ventana de un pajarero amigo suyo muy cerca de la taberna donde los sargentos enganchadores lograban reclutar por astucia ó por fuerza á los cándidos provincianos recién llegados, dispuestos á sentar plaza por un bolsillo de dinero y un pichel de vino.